

el completo curso de la historia humana, otro ejemplo de la adhesión proclamada entre insultos. Y recuerdo -siempre me golpeó como la atrocidad política mayor- aquella leyenda que manos anónimas y devotas sembraban por los muros de Buenos Aires hace algunas décadas, con el trazo enérgico de las brochas gruesas.

"P... y ladrón
queremos a Perón"
La leyenda no decía por supuesto "P..." Así venía la adhesión a Juan Domingo. Aunque fuera "P..." aunque fuera "ladrón", "queremos a Perón".

La otra confesión definitoria de aquel vendaval que terminaba siempre con "las patas en la fuente" de la Plaza de Mayo, no dirigía su agravio directamente contra el Jefe. Lo hacía, en la boca de la multitud, insultando a la propia multitud:

Argentina:
**El final
de un tiempo
de humillaciones**

Si tuviéramos que descodificar el sistema de señales con el que la historia se anticipa a la imperfecta comprensión, siempre tardía, de los hombres diríamos que tres grandes mensajes preanunciaron -hasta para las entendedoras más cerradas- lo inexorable del gran triunfo radical que acaba de sacudir hasta sus últimos ejes el itinerario político y hasta el mapa central de la Argentina. Tres hechos y con ellos, a ellos agragado y a ellos integrado, una acusación y un rescate de que fue autor Alfonsín.

Podrá decirse, en efecto, que más que un triunfo radical, lo que testimoniaron las urnas fue una clamorosa derrota peronista. Tal vez. En todo caso, esa derrota no se cayó encima de un distraído que la usufructó sin mérito. Por el contrario, casi podría probarse que el derrota electoral justicialista fue organizado con sabiduría, con puntería metódica, por la inteligencia y el instinto de Raúl Alfonsín.

Los tres hechos a que nos referimos inicialmente son, como la imaginaria de un relato borgiano, en primer término la noche que Lorenzo Miguel -hombre sin apellidos, nomenclatura propulsada a puro vocablo de pila- llegó para la gloria al lugar de la asamblea y la muchedumbre le vetó la palabra con silbidos.

Ese acto de limpieza ejemplar, en que el homicidio político no viene de los adversarios sino de los propios compañeros, preanuncia el absoluto divorcio entre la base peronista y las cúpulas que controlaban el partido.

En inmediato lugar, como hecho segundo, está la torpe autoproyección del poco después incinerado Herminio Iglesias, quemando en Avellaneda, entre carcajadas de borrachos, un ataúd y coronas fúnebres donde se suponía descansaba el cadáver simbólico de Alfonsín.

Por último, como tercer hecho significativo, debemos rescatar el intercambio de insultos entre Alfonsín y el mencionado Iglesias, que algunos calificaron, con error, como error del radical. Las urnas proclamaron después que Alfonsín sabía lo que hacía.

Manta de silbidos

Es sabido que, como condición de su aluviónico torrente sentimental populista, el justicialismo no fue nunca demasiado exigente con sus líderes.

Abrigados entre el poderío electoral de los históricos jefes -Perón, Evita- y la incontrastable fuerza numérica del correspondiente electorado, el peronismo no solamente se lo permitió todo. Además proclamó de modo permanente su voluntad de todo permitírselo.

Sospecho, por ejemplo, que no existe en la entera redondez del planeta ni en

Evidentemente, la muchedumbre peronista no tiene piel sensible.

Nada permite por consiguiente suponer un especial rechazo moral para quien como Lorenzo Miguel ha sido peronista de todas las horas. Lorenzo, el que iba en el mismo avión que condujo a Isabel Perón presa hacia el Sur, como que estaba junto a ella en la Casa Rosada cuando fue destituida en 1976. Lorenzo Miguel, el que fuera preso por los militares. Lorenzo Miguel, el duro. Lorenzo Miguel, cacique definitivo de la incontrastable Unión Obrera Metalúrgica y, llevado por ella y por su propia habilidad, jefe supremo y permanente de las 62 organizaciones sindicales.

El peronismo es fuerza política, fuerza sindical. Su poder político, muerto Perón, descansa en su poder sindical. Pues bien, si en lo político el candidato a Presidente fue Luder y a Vice, Bittel, en lo partidario, el sindicalismo desplazaba a los dos. Así -anulada la Presidencia del Partido por designación de la viuda que resolvió no sacar ni su silencio ni su persona de los balnearios españoles- la primera vicepresidencia adquiere la jerarquía de cargo máximo. Para ella se designó a Miguel.

Pocos días antes de las elecciones, en el gran acto de Vélez, sin embargo, tiene lugar el episodio conocido. La multitud no permite que Lorenzo Miguel hable. Sin previo concierto, ante su sola presencia, comienza la rechifla. Intenta hacerse oír. No lo dejan. Interviene su adversario sindical Ubaldini ("Para un peronista nada hay mejor

había muerto. La mayoría votadora no se resigna ya ser estafada, manipulada, usufructuada y representada por un gangster.

Ya no somos machos, ni muchos. Por lo menos, no somos los suficientes.

No es bonzo

Herminio Iglesias es alguien requerido. Pero no tiene vocación de bonzo. Cuando en su "querida Avellaneda" y entre sus "queridos amigos" -para Herminio no existe Avellaneda a secas ni amigos sin previa adjetivación- arrimó el fósforo, no fue a su propio cuerpo sino al fingido ataúd de Raúl Alfonsín.

Borges ha escrito prolongadamente sobre "el guarango" como personaje lamentable de los subsuelos sociales argentinos. La quemazón "en bulto", como decían los españoles antiguos, del candidato radical por Herminio Iglesias da para todo un psicoanálisis del fuego y de la purificación. Para toda una transfiguración por admiración y deseo de librarse del adversario a quien se rinde el homenaje inconsciente de proclamarle el deseo de que se transforme en humo.

En todo caso -como en la parábola de Hawthorne, que casualmente también Borges comenta- los que recurren a la llama sólo logran quemar las cosas combustibles. Y hay en este mundo -el deseo de decencia o de dignidad, por ejemplo- valores innumerables sobre los cuales poco y nada puede el fuego.

Alfonsín elige a Herminio

Cualquiera sabe de las andanzas y de la fama inquebrantada de Herminio Iglesias, candidato a Gobernador de Buenos Aires por el peronismo. Director supremo del juego clandestino en la provincia, dicen; gangster de su trata de blancas o de su comercio de drogas, dicen. No podemos asegurar que lo sea, sí que lo dicen. Este candidato, que como vecino de Avellaneda será muy querido, como mujer de César hubiera impedido la consumación del imperio.

En todo caso, Alfonsín lo eligió a él para el intercambio de adjetivos. Alfonsín no enfrentó a Luder así, ni Armendáriz -candidato radical a gobernador- buscó a Iglesias. Fue entre Alfonsín e Iglesias. Iglesias trataba a Alfonsín como de hombre de las multinacionales. Les dijo gusano y gorila y mal nacido. Alfonsín se limitó a tocarlo como "aprendiz de Hitler". Pero el efecto estaba dado. No el de Iglesias, contrafigura de Alfonsín. Sino el de Alfonsín, contrafigura de la guaranguería corrompida y de la patota ensoberbecida.

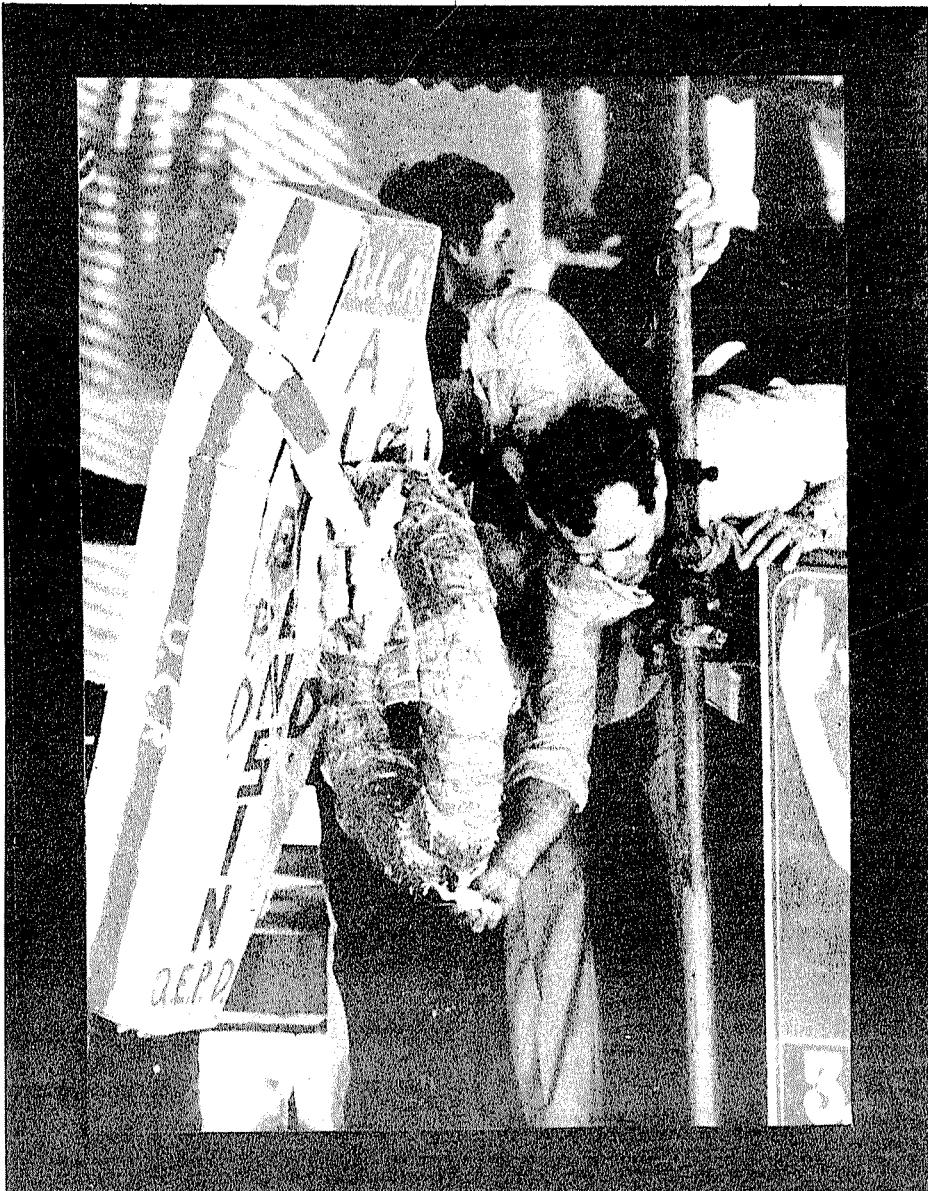
En todo caso, como cuando acusó al sindicalismo peronista de haberse aliado con los militares -y muchos observadores gritaron que había cometido un error- Raúl Alfonsín, con R. y con A., como la República Argentina, sabía de lo que estaba hablando.

Había echado a andar dos rayos de luz: uno sobre la corrupción peronista, otro sobre su origen en un golpe militar y su capacidad de entendimiento con el régimen.

Lo demás está dado por la palabra que más pronunció Alfonsín durante toda la campaña. La palabra... decencia.

Una nación acorralada por la humillación no podía votar por un señor con apellido suizo y cara de relojero.

Si la candidatura de Herminio Iglesias o la Jefatura de Lorenzo Miguel son la radiografía anticipada de la demolición justicialista, la lúcida campaña de R.A. vale por el retrato hablado de la aspiración de dignidad de la República Argentina.



Tranquilo, Pocho
no tengas chuchío
No somos machos,
pero somos muchos.

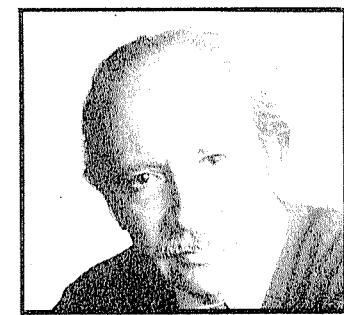
La cuarteta era para la antología del insulto. Trata a Perón de cobarde y a sus seguidores, que coreaban la cuarteta, de otro tanto y de poco viriles.

Cuando en el último gran acto de la Plaza de Mayo, pocos meses antes de morir, Perón echó de la plaza su extrema izquierda, ésta se marchó cantando aquello de "Somos unos b..., votamos a una muerta, a una p... y a un cornudo". Los guerrilleros se insultaban a sí mismos, pero sobre todo a Perón y a sus dos esposas, la muerta y la viva.

que otro peronista", dice) pero la multitud lo refuta. "¡Que se vaya!" ruge el estadio. Hasta que Miguel se va.

Al otro día de las elecciones, dos fuerzas peronistas le pasan a Lorenzo y a "la patota" (así la llaman) la cuenta del desastre. Por un lado Luder y Bittel, candidatos políticos. Por el otro Ubaldini y la CGT, que éste controla, también lo acusan. Reclaman, desde todos lados, su alejamiento. Sí, pero luego de haber caminado de algún modo todos juntos, aceptándose en la alianza electoral.

Sin embargo, el 17 de octubre la historia había emitido su señal. El viejo tiempo de la irresponsabilidad moral,



Manuel Flores Mora